

**TAN LEJOS DE DIOS Y TAN CERCA
DEL *new york times*
LOS GRANDES MEDIOS Y EL CONFLICTO INTERNACIONAL***
Clemencia Rodríguez

CLEMENCIA RODRÍGUEZ

profesora invitada del programa de estudios de la mujer, departamento de comunicación, universidad de oklahoma.
(e-mail: clemencia@ou.edu.)

* Ponencia presentada en el II Congreso de Comunicación: «En medio de los medios», Universidad del Norte, octubre de 2000, Barranquilla (Colombia).

RESUMEN

En un mundo tan complejo, los medios de comunicación son las fuentes de información fundamentales. La calidad de la información que éstos nos ofrecen va a determinar nuestra visión del mundo. Sin embargo, los medios de comunicación siguen siendo banalizados y mal entendidos. Tampoco existen organismos que fiscalicen la calidad de la información internacional. Cuando se piensa en cómo prevenir o solucionar una crisis, rara vez se toma en cuenta la calidad de la información y el cubrimiento de los medios. Pero es fundamental que cambiemos esta concepción. Sólo con base en una sólida visión del conflicto desde la economía política y desde la historia pueden evitarse las interpretaciones culturales facilistas.

PALABRAS CLAVE: Conflicto internacional, medios de comunicación, cubrimiento informativo.

ABSTRACT

In a so complex world, mass media are fundamental sources of information. The quality of the information they offer determines our vision of the world. Nevertheless, mass media continue being banalized and misunderstood. There are no agencies to control the quality of international information, either. When one thinks about how preventing or solving a crisis, the quality of the information and the mediacoverage are rarely taken into account. But it is fundamental that we change this conception. Only based on a solid vision of the conflict from the political economy and history, the easily made (superficial) cultural interpretations can be avoided.

KEY WORDS: *International conflict, mass media, informative coverage.*

INTRODUCCIÓN

La aprobación reciente del «Plan Colombia» obliga a la academia a explorar cuestiones urgentes. Una de éstas es que, a pesar de las explícitas consecuencias negativas de la militarización de países del llamado Tercer Mundo, Estados Unidos sigue empeñado en impulsar soluciones militares en casos de conflictos internacionales. Por ejemplo, es bien sabido que la militarización de grupos anticomunistas en los Balcanes durante la Guerra Fría explica en parte el altísimo nivel de armamento de ciertos grupos en los llamados «conflictos étnicos» más recientes. De la misma forma, es evidente que existe un vínculo entre la militarización de grupos anticomunistas en Afganistán por parte de Estados Unidos (en especial de la CIA) y el surgimiento de grupos radicales musulmanes; asimismo es común encontrar que el líder del grupo radical musulmán de hoy fue entrenado por Estados Unidos y por la CIA en Afganistán hace 20 años.¹ Sin embargo, la cuestión de la militarización rara vez se mira en el largo plazo, ni siquiera cuando las consecuencias negativas afectan a las mismas naciones que impulsan la militarización.

El segundo punto que quisiera resaltar es la necesidad de una economía política de la militarización del Tercer Mundo. En otras palabras, ¿a quién está beneficiando tal militarización? ¿Quién se está llenando los bolsillos? Y aquí debemos poner en el blanco de nuestros análisis a las compañías que producen y comercian con infraestructura militar. En 1998, el mercado global de armas se calculaba en \$23.000 millones de dólares; de éstos, \$7.000 millones fueron vendidos por el gobierno de Estados Unidos, dejando la mayor parte del mercado en manos de compañías privadas. Los grandes mercaderes de armas no tienen problema alguno en vender su mercancía a cualquiera de los sujetos en conflicto, y frecuentemente se empeñan en agudizarlo, ya que esto claramente redundará en un aumento de la demanda. Por otro lado, el desmantelamiento del aparato militar de Estados Unidos obliga a la industria de armas a buscar otros mercados. En 1999 la compañía

¹ De 160 países que existían en el mundo en 1984, Estados Unidos estaba proveyendo armas a 130 de ellos.

Sikorsky vendió 25 helicópteros Black Hawk al ejército estadounidense; en el 2000, Sikorsky tan solo ha vendido seis helicópteros. Según una crónica investigativa del *Law News Network*, el senador Christopher Dodd, que representa al estado de Connecticut, donde Sikorsky opera, viajó a Colombia para discutir el «Plan Colombia». Seguidamente, el gobierno colombiano anunció la inclusión de seis Black Hawks en la propuesta. Los beneficios para el senador son obvios: por un lado, la activación de la economía en su estado, el aumento del mercado laboral para sus electores y, por otro lado, donaciones significativas de Sikorsky a su campaña.²

Según otra crónica investigativa del *Dallas Morning News*, ya hay seis compañías estadounidenses especializadas en la venta o prestación de servicios militares operando en Colombia. Para todas ellas, la aprobación del «Plan Colombia» es un verdadero golazo. Según el autor de la crónica, una de las más importantes, Military Professional Resources Inc. (MPRI), «ayudó al gobierno colombiano a concretizar el plan de acción de cómo se distribuiría la ayuda solicitada al Congreso de Estados Unidos». La estrategia de subcontratar la prestación de servicios militares a través de compañías privadas resuelve obstáculos complejos, tales como los altos costos del personal militar activo, un aparato militar estadounidense significativamente reducido, y una opinión pública estadounidense que se horroriza ante la muerte de sus propios soldados en conflictos ajenos.

Sin embargo, al menos en Estados Unidos, la militarización de otros países generalmente requiere de la aprobación de la opinión pública. La pregunta es entonces: ¿qué tipo de información acerca de los conflictos internacionales está recibiendo la opinión pública estadounidense de los medios masivos? Este trabajo se basa en una reseña de la literatura sobre medios de comunicación y conflicto internacional, y sobre un análisis de contenido del cubrimiento de Colombia en el *New York Times* (NYT) desde enero a diciembre de 1998.³

2 De acuerdo con el mismo reportaje, el senador Dodd ha recibido hasta el momento \$32.000 dólares de Sikorsky.

3 La muestra del análisis de contenido sólo incluye aquellos artículos escritos desde Colombia por corresponsales del NYT asignados a Colombia.

EL MARCO GEOPOLÍTICO DE LAS *transnacionales* de la comunicación

Antes de responder la pregunta central es necesario aclarar otra cuestión: ¿quiénes son, hoy en día, los medios masivos? Si en la década de los años setenta el *Informe MacBride* denunció la acumulación de medios de comunicación e información en manos de unas pocas corporaciones transnacionales de la comunicación, esta situación no sólo no ha cambiado sino que ha empeorado en los últimos 20 años. Por ejemplo, si en 1980 el *Informe MacBride* nos asustó con la evidencia de que tan sólo cuatro grandes agencias de prensa controlaban el flujo mundial de noticias, hoy tal número se ha reducido a tres. Aún más, en cuanto al flujo de noticias televisivas, es decir, de imágenes noticiosas, el mercado mundial está dominado por tan sólo dos compañías: Reuters Television y World Television News (WTN). Existen rumores de que estas dos compañías tienen la intención de unirse en un futuro, lo cual significaría que la gran mayoría de imágenes noticiosas del mundo provendrían de una única fuente. El analista de la comunicación Ben Bagdikian ha acuñado el término «el nuevo cartel de la comunicación»,⁴ término que describe bien la situación actual en la que menos de 20 compañías transnacionales controlan la totalidad de los flujos de información y comunicación global de los medios masivos.

Varias razones geopolíticas explican tal fenómeno de acumulación reciente: primero, los países del Tercer Mundo abandonaron sus esfuerzos por formular y mantener políticas nacionales de comunicación, en parte por la presión de un capitalismo internacional a través de su prédica «o se tecnologizan o mueren». En un intento desesperado por no ser dejado por fuera de la sociedad informática, el Tercer Mundo les abrió las puertas a las transnacionales y hoy, aunque es más fácil hablar por teléfono a larga distancia, la gran mayoría de líneas telefónicas está en manos de unas pocas compañías transnacionales. En 1997 el Tercer Mundo poseía tan solo un 7% de la infraestructura de telecomunicaciones globales. Segundo, los decenios de los años ochenta y noventa

4 «El nuevo cartel de la comunicación» está conformado por: Time Warner (Estados Unidos), Disney (Estados Unidos), Bertelsmann (Alemania), News Corp. (Australia), Capital Cities/ABC (Estados Unidos), Hachette (Francia), CBS (Estados Unidos), Gannet (Estados Unidos), Fininvest (Italia), Paramount (Estados Unidos y Televisa (Méjico).

–la era Reagan/Thatcher– trajeron consigo un clima de privatización que privilegió la formación y el crecimiento de grandes monopolios de la comunicación. Y finalmente, la Ley de las Telecomunicaciones de 1996 (*The Telecommunications Act*) en Estados Unidos echó por el suelo lo poco que existía en ese país en términos de regulación en el área de las telecomunicaciones. Las compuertas se abrieron y las grandes compañías de medios se han lanzado desde entonces en una carrera desquiciada hacia la creación de monopolios. La unión de Time y Warner Brothers, por ejemplo, produjo una de las compañías más poderosas del mundo en términos de control de flujos de comunicación e información, Time Warner, que es inclusive mucho más poderosa que muchos gobiernos. Hace pocos meses Time Warner se unió con America On Line, lo cual dio a luz a un monopolio informático con mucho más poder que las transnacionales cuestionadas por la *Comisión MacBride* en su momento.

LAS CONDICIONES DE PRODUCCIÓN DE LA *información internacional*

En este marco geopolítico, cómo se produce la información sobre conflictos internacionales? Lo primero que hay que decir es que es un panorama totalmente determinado por el lucro: la forma de recoger, procesar y difundir información, la selección de temas, la elección de áreas de cubrimiento y la contratación de periodistas son todas prácticas profesionales que están determinadas por la necesidad de producir un beneficio económico. Así, por ejemplo, con el fin de maximizar el lucro, un/a solo/a corresponsal internacional cubre varios países al mismo tiempo. En el caso de Colombia, por ejemplo, el/la corresponsal de la oficina del *New York Times* (NYT) en Sao Paulo está encargado/a de cubrir la situación en Colombia. El número total de periodistas extranjeros que cubren **todas** las noticias internacionales del mundo es tan solo 400. De ahí surge lo que se denomina «periodismo en paracaídas», donde el/la reportero/a llega al país conflicto, recoge el mínimo de información necesaria y vuelve a salir del país, muchas veces en el lapso de unas pocas horas. El/la reportero/a no ha tenido tiempo de familiarizarse con la historia del conflicto, y mucho menos con la cultura del país. En muchos casos ni siquiera hablan el idioma, lo cual

determina que se privilegie a las fuentes extranjeras que hablan inglés, el idioma más común de los periodistas internacionales.

En una conferencia con corresponsales internacionales en Austin (Tejas), John Otis, el corresponsal internacional asignado a Colombia por el *Houston Chronicle*, decía que la creación de la «zona de despeje» era lo mejor que había pasado en Colombia desde el punto de vista de los/as reporteros/as internacionales: como reportero, él podía llegar a Bogotá en la mañana, tomar un avión para San Vicente del Caguán ese mismo día, y en pocas horas ya tenía sus entrevistas con líderes guerrilleros, fotos, en fin, toda la información. Esa misma noche podía estar en Miami disfrutando de una buena cena en un hotel. Esa es la situación ideal del corresponsal internacional de hoy. Según Steven Livingston, este mismo fenómeno explica la extensa cobertura del conflicto en Somalia, mientras que un conflicto de igual o mayor envergadura en Sudán escasamente obtuvo cubrimiento. Mientras que un/a reportero/a internacional puede aterrizar en Mogadishu, pasar allí tres horas recogiendo información y volar a Nairobi a tiempo para la cena, en Sudán la misma misión tomaría semanas. Michael Maren dice: «*En Somalia vi los equipos de telenoticieros desembarcando de los aviones de ayuda internacional y pidiéndoles a los voluntarios encargados de auxiliar a la población civil que por favor los llevaran a donde estuvieran los niños más enfermos, pero que no contaban sino con 30 minutos, antes de que el avión despegara de nuevo*». En el caso del cubrimiento de Colombia, la gran mayoría de los artículos de Diane Jean Schemo, la corresponsal del NYT asignada a Colombia durante 1998, fueron escritos desde Bogotá. En octubre de ese año Schemo escribió un artículo muy diferente sobre la situación en el Guaviare; el reportaje incluye historia y contexto, dos elementos casi ausentes en el resto de sus escritos sobre Colombia. Era la primera vez que Schemo pasaba un tiempo sustancial fuera de Bogotá, en Calamar (Guaviare). Apenas la periodista tuvo la posibilidad de conocer el país y a sus gentes, la perspectiva cambió y el cubrimiento se hizo mucho más responsable. Sin embargo, a finales de ese mismo año el NYT reemplaza a Schemo con otro corresponsal.

Dado que la eficacia y la rapidez en recolectar información se han convertido en criterio número uno de la corresponsalía internacional, los/las corresponsales llegan al lugar del conflicto y en vez de salir a investigar ellos/as mismos/as, recurren a los medios locales. El resul-

tado es que las interpretaciones de los hechos de periodistas locales acaban siendo repetidas a nivel mundial. Según expertos en los Balcanes, esto fue precisamente lo que ocurrió con el caso del término *ethnic cleansing* (limpieza étnica). Los/las corresponsales internacionales oyeron la expresión en boca de periodistas locales y simplemente la adoptaron sin ninguna visión crítica de sus implicaciones. Sören Sommelius llega hasta afirmar que las élites nacionalistas de los Balcanes rápidamente aprendieron este truco y frecuentemente usaron a los medios internacionales como voceros ingenuos de sus agendas políticas.

En vista de que las noticias internacionales no son lo más valorado por las audiencias, el tiempo o espacio dedicado a la información internacional viene disminuyendo progresivamente. Actualmente la duración promedio de una historia internacional en la televisión estadounidense es 1 minuto y 20 segundos. En cuanto a la prensa, la longitud promedio es 150 palabras, o entre un tercio y media cuartilla por noticia internacional (Moeller, 1999). La escasez de tiempo y espacio para noticias internacionales hace que se recurra más a imágenes que a explicaciones. Para aumentar la eficacia se usan las nuevas tecnologías para recoger datos y así poder emprender otra misión. Se reemplaza con Internet la investigación de primera mano, la búsqueda de fuentes y los diferentes ángulos de la historia. En palabras de una analista de los medios, «se confunde la información con la comprensión de la situación»; el hecho de que se ofrezcan imágenes, cubrimiento directo, inmediato y en vivo, no quiere decir que se estén ofreciendo los elementos necesarios para que la audiencia comprenda la situación.

En general, a partir de la tendencia hacia la no regulación de los medios impuesta por Reagan/Thatcher, se vienen recortando los presupuestos asignados a las noticias internacionales. Una parte significativa del vacío creado en los medios noticiosos por tales recortes ha sido llenado por servicios tales como CNN, que le vende sus noticias internacionales a los medios de todo el planeta; así, la versión CNN del conflicto se va convirtiendo en *la* versión del conflicto, compartida no sólo por audiencias sino también por oficiales gubernamentales en todo el mundo. Desde que CNN comenzó a llenar estos espacios, el valor de la inmediatez de la información se ha convertido en prioridad número uno. Tan es así que durante la Guerra del Golfo, las transmisiones de Peter Arnett –en las cuales era obvio que el periodista no tenía la menor

idea de qué estaba pasando—, acompañadas de imágenes de una calle desierta enfocada desde la ventana del hotel, se convirtieron en el ejemplo que se debía emular. Desde un comienzo, la necesidad de CNN de llenar 24 horas de programación noticiosa popularizó nuevas formas de «informar», tales como el periodismo sin edición o la historia incompleta. Así, Peter Arnett, metido debajo de la cama de su habitación de hotel, transmitiendo en vivo y diciendo que no puede ver nada y que no ha podido cenar esa noche, se convierte en información. En realidad, lo único que se está informando a la audiencia es sobre la situación de Arnett, pero nada sobre el conflicto. Por otro lado, una porción sustancial del cubrimiento de CNN durante la Guerra del Golfo se centró en cómo todo el planeta se había convertido en audiencia de CNN, desde el rey Hussein en Jordania hasta el personal de la Casa Blanca; es decir, el medio mismo se convierte en objeto de noticia.

La distribución de presupuestos dentro de los medios es también cuestión de lucro más que de periodismo responsable. Si una situación internacional requiere mucho presupuesto para lograr su cubrimiento, simplemente no se cubre. Esto explica en parte por qué, por ejemplo, la guerra en Sudán nunca ha tenido buen cubrimiento. Cuesta demasiado mandar corresponsales internacionales a ese país y mucho más un equipo de reporteros y camarógrafos para un noticiero de televisión. Por otro lado, la obsesión de los medios por resaltar **una** historia en detrimento de las demás hace que la mayor parte de los presupuestos internacionales se canalice hacia una sola historia, y como consecuencia se deja al resto sin los fondos necesarios. Este fue el caso durante la Guerra del Golfo. Como Estados Unidos estaba involucrado directamente, esta crisis absorbió la mayor parte de los presupuestos destinados para cubrimiento internacional.

Otro fenómeno en la forma como se cubre el conflicto internacional hoy día es lo que se llama «el manejo de la información», un eufemismo que alude a cómo los grandes poderes militares dedican más y más recursos a la manipulación de la información. En síntesis, los militares contratan firmas de relaciones públicas o entrenan sus propios expertos/as en esa materia para que «manejen» a los/las periodistas. En la Guerra del Golfo, el ejército de Estados Unidos se ideó el *newspool*, donde los periodistas debían andar en grupos, siempre chaperoneados por un «especialista» militar de la información que sólo

los llevaba a ciertos sitios y sólo los ponía en contacto con ciertas fuentes⁵. Frecuentemente los ejércitos justifican la necesidad de funcionar con base en *newspools* con el argumento de que ésta es la única forma de garantizar la seguridad de los/las corresponsales. El *newspool* fue utilizado por el ejército británico en la guerra de las Malvinas y por el ejército estadounidense en los conflictos en Grenada, Panamá y en todos aquellos en los que desde entonces ha sido protagonista.

IDEOLOGÍAS PROFESIONALES

Al revisar la literatura académica sobre cómo se produce la información sobre conflictos internacionales, un elemento comúnmente citado es la nueva ideología profesional del corresponsal internacional. Por ejemplo, Johan Galtung, el destacado académico de los estudios de paz, dice que los corresponsales internacionales de hoy «sólo miran hacia arriba», es decir, privilegian a los grandes personajes políticos –muchas veces expertos no familiarizados con el conflicto en cuestión– por encima de fuentes locales, grupos ciudadanos, líderes comunitarios, etc. Edward Girardet, otro experto en el tema, dice que la nueva generación de corresponsales internacionales se caracteriza por «su bien vestir, sus cortes de pelo impecables, siempre armados con la sonrisa perfecta, no obstante totalmente distantes de la situación que están cubriendo». Según Girardet, la corresponsalía internacional es hoy una cuestión más de imagen del medio y del periodista, de mostrar que el medio está «de cuerpo presente» en el sitio de conflicto y del periodista que posa con su vestido de safari, sin una arruga, en frente de un grupo de desplazados de guerra. Este tipo de imágenes se cultiva cada vez más, mientras que la recolección y el procesamiento responsable de la información se relegan a un segundo plano. Durante la Guerra del Golfo, la imagen del reportero como héroe de aventura fue muy cultivada. Por ejemplo, CNN volvía una y otra vez con imágenes de sus oficinas en Jerusalén, donde bajo amenaza de bombardeo todos los reporteros/as aparecían con máscaras antigás.

⁵ Según la reportera investigativa Debbie Nathan, estos expertos militares de la información constantemente intervienen en los procesos de recolección de información, y a veces llegan incluso a interrumpir la entrevista.

Por otro lado, los/ las corresponsales de hoy sienten que su lugar está al lado de las grandes figuras políticas, en Washington, o en las grandes capitales del mundo. En vez de mantener una distancia crítica respecto a los de altos mandos políticos y militares, estos corresponsales buscan permanentemente ser aceptados por tales figuras. En el mismo panel de Austin arriba mencionado esto era muy claro. La ponencia de la periodista Ana Arana⁶, que vivió en Colombia por un año, se centró en cómo ella se había convertido rápidamente en invitada frecuente en cócteles y eventos sociales, cómo llegó a conocer personalmente a ministros y generales, cómo en cualquier momento podía llamar a la casa de un alto militar para hacer una entrevista. En el caso del cubrimiento de Colombia en el NYT durante 1998, la corresponsal Schemo recurre una y otra vez a Alfredo Rangel, ex-consejero nacional de seguridad, como fuente de información. Desde un punto de vista crítico, tal selección de fuentes de información da mucho que pensar.

Lo que esto significa es que las fuentes de la información internacional van a estar sesgadas hacia este tipo de figuras, mientras que puntos de vista alternativos, y sobre todo aquellos que surgen de la sociedad civil, rara vez entran a hacer parte de la información que le llega a la opinión pública estadounidense. Durante el colapso de la Unión Soviética, los medios continuamente repetían «esto nadie lo hubiera podido predecir». Pero según Johan Galtung, la única razón por la cual este hecho histórico se hizo impredecible fue porque los/las periodistas estaban muy distantes del trabajo político de base de millones de ciudadanos y líderes del movimiento no violento de la antigua Unión Soviética. En el caso de la Guerra del Golfo, por ejemplo, un estudio de la organización FAIR (*Fairness and Accuracy in the Media*) concluyó que de 2.855 minutos de cubrimiento televisivo del conflicto, en menos de un 1% (13,3 minutos) se expresó el punto de vista de cuestionar la militarización del golfo, se informó sobre demostraciones en contra de la guerra, o se entrevistó a opositores de la guerra. Ciertos expertos en relaciones internacionales, tales como Noam Chomsky, Jesse Jackson y Edward Sair, que se oponían a la solución militar, nunca fueron entrevistados por los medios. En situaciones de intervención

⁶ Ana Arana, «fellow» del Center for War, Peace and the Newsmedia de la New York University, fue corresponsal en América Latina por varios años.

militar de Estados Unidos, los grandes medios construyen un paralelo entre la opción pro militarización y el patriotismo, mientras la opción antibélica se construye por la narrativa de los medios masivos como antipatriótica. Esto implica que aquellos/as analistas con opiniones pacifistas tienden a quedar excluidos/as de los medios. Durante la Guerra del Golfo fue constante en la narrativa informativa la equivalencia entre apoyar a los soldados y apoyar la guerra. En otras palabras, la narrativa sólo presentó dos opciones excluyentes: o se apoya a los soldados y se apoya la guerra, o se opone a la guerra y entonces se está en contra de los soldados. Paralelo a esto, la glorificación de los soldados es tal que oponerse a ellos se convierte casi en tabú dentro de la sociedad estadounidense.

En el caso del cubrimiento de Colombia, en 1998 el NYT publicó 26 artículos escritos desde Colombia. Con un promedio de tres o cuatro fuentes por artículo, aparecen aproximadamente 90 fuentes. De éstas, la gran mayoría está constituida por funcionarios de los gobiernos de Estados Unidos y Colombia y altos mandos militares en los dos países.⁷ En cuanto a protagonistas en la sociedad civil colombiana, se citó a tres organizaciones de derechos humanos colombianas (Comisión Colombiana de Juristas; anónima y Comité por Justicia y Paz⁸), una ONG colombiana (Consejo Nacional de Drogas) y a dos profesores universitarios (Rodrigo Losada, Universidad Javeriana, y Alejo Reyes, Universidad Nacional). A ninguno de los/las corresponsales del NYT se les ocurrió entrevistar a los/las académico/as del IEPRI, ni a los/las investigadores/as de CINEP, ni mucho menos a los/las colombianos/as involucrados/as en procesos de construcción de paz y democracia desde la sociedad civil, proyectos que son tan característicos de la Colombia de hoy como lo es la guerra. En contraste, el NYT recurrió a un total de 25 fuentes militares de Estados Unidos y de Colombia durante 1998.

LAS AUDIENCIAS

Un elemento fundamental para comprender cómo se recoge y se procesa

⁷ Fuentes comunes son: Pastrana, Clinton, analistas del servicio de inteligencia de Estados Unidos, ministros, el zar de la droga y medios locales (*El Espectador*, *El Tiempo*, *Radionet*, *Cambio 16*).

⁸ Todos los artículos son de 1998.

la información sobre conflictos internacionales es la relación de los medios con sus audiencias. Entre los profesionales de los medios existen varias «verdades» que se dan por hecho acerca de las audiencias estadounidenses. Primero, que este tipo de audiencia no aguanta sino una crisis a la vez, y por ello los medios están constantemente priorizando una crisis por encima de otra, tratando de dosificar el conflicto internacional, para evitar así el «ahogo» de las audiencias. En palabras de Milan Kundera, *«las sangrientas masacres en Bangladesh rápidamente cubrieron el recuerdo de la invasión rusa a Checoslovaquia; el asesinato de Allende ahogó los quejidos de la gente de Bangladesh; la guerra en el Sinaí hizo que la gente olvidara a Allende; la masacre de Cambodia hizo que la gente olvidara el Sinaí, hasta que en última instancia, todos dejamos que todo se olvide»* (citado en Moeller 1999, 10-11). Segundo, los medios están siempre pendientes del momento en que las audiencias empiezan a perder interés en la crisis del momento; inmediatamente esta crisis es abandonada y reemplazada por otra, lo cual, según Susan Moeller, deja a la audiencia con el sentimiento de que la crisis es muy remota, que no tiene nada que ver con ellos, y que si ya no aparece en los medios es porque ya se resolvió (Moeller, 1999). Cuando meses o años después la misma crisis vuelve a aparecer (ya que no se había resuelto), las audiencias sienten que «esa gente no sabe sino matarse los unos a los otros», y esto a la vez refuerza todo tipo de estereotipos acerca de los pueblos del Tercer Mundo, de cómo se nos mira, desde el Norte, como incivilizados, medio salvajes, incapaces de gobernarnos y en urgente necesidad de que alguien que sí sabe cómo lidiar con la situación llegue a salvarnos. Este es el tipo de actitud que hace posible la militarización del Tercer Mundo por parte de los países del Norte.

Al mismo tiempo aparece un fenómeno bien curioso, y es que mientras los géneros de ficción intentan convencer a las audiencias de que lo que están viendo «es real», los géneros informativos empiezan a ser percibidos como lejanos, acerca de gente exótica, casi ficticios. La ficción se percibe como realidad y la realidad como ficción.

En Estados Unidos los profesionales de los medios tienen una opinión muy pobre sobre la capacidad intelectual de sus audiencias, y por eso piensan que todo hay que «americanizarlo» para que la gente entienda. Así, por ejemplo, los medios frecuentemente utilizaron metáforas tales como «Vietnam» o «el Holocausto» para referirse a la guerra

de Bosnia. En este último caso, los medios frecuentemente privilegiaban entrevistas con líderes judíos sobre sus opiniones acerca de los llamados «campos de la muerte» en Bosnia, con el fin de hacer un paralelo con los campos de concentración nazis. En otros casos, los medios llaman a Nelson Mandela «el George Washington» o «el Abraham Lincoln» sudafricano. O construyen un paralelo entre la familia Gandhi en la India y la familia Kennedy en Estados Unidos («La familia Gandhi, los Kennedy de la India»). En el caso de la guerra en Bosnia, *Life Magazine* se refirió a este conflicto como «los Hatfields y los McCoys de Bosnia», es decir, recurrieron a la mitología de dos familias estadounidenses que siempre se odiaron a muerte (Moeller, 1999). El problema con estas metáforas es que tienen un gran poder de moldear la opinión pública. Por ejemplo, en el caso de Bosnia, si el paralelo es con Vietnam, la opinión pública va a estar en contra de cualquier intervención directa. Si el paralelo es con el Holocausto, la opinión pública va a pensar que no es posible no intervenir.

También se piensa que las audiencias sólo se sienten atraídas por aquella información internacional que o bien tiene una relación directa con Estados Unidos o se centra en desastres, sean éstos naturales o sociales. Como consecuencia, el 40% de la información internacional es sobre conflictos. Por otro lado, una tercera parte del cubrimiento internacional es sobre Estados Unidos en el mundo, o sobre noticias que tienen que ver con ciudadanos estadounidenses en otras partes del mundo. Asimismo, dentro de los medios se cree que para poder competir con las noticias nacionales, las internacionales deben ser más dramáticas. Finalmente, dicen los profesionales de los medios que las noticias sobre conflictos internacionales también están en directa competencia con Hollywood. De esta manera, si el conflicto internacional no presenta imágenes más violentas y sangrientas que una película de Rambo sobre terrorismo internacional, las audiencias no tendrán ningún interés (Moeller, 1999). Especialmente en el caso de los telenoticieros, se piensa que una audiencia acostumbrada a las explosiones de Hollywood se va a aburrir con imágenes menos «llamativas». Galtung se refiere a esta necesidad de competir con Hollywood diciendo: «En vez de enmudecer las explosiones de los disparos, los medios las amplifican».

En el caso del conflicto colombiano en el NYT, la dramatización del discurso se expresa en términos tales como: «cuando el cuerpo de

un esmeraldero no dispuesto a cooperar fue lanzado sobre sus minas desde un avión»⁹, «los cuerpos se recogían con tractor»; «una acera cubierta de cadáveres». El primer párrafo del artículo del 18 de agosto sobre la toma del hospital de Miraflores por parte de las FARC dice: «Mientras los rebeldes de izquierda ocupaban el hospital AS en la ciudad de Miraflores hace 10 días, con en fin de usar esta locación para atacar la base militar localizada al otro lado de la calle, llovían disparos y explosiones sobre el techo de zinc del hospital. Un avión lanzaba bombas en la distancia. Afuera caían adolescentes muertos y heridos». De un voluminoso estudio sobre la situación de derechos humanos en Colombia, la reportera Diana Jean Schemo elige, entre otros elementos, el siguiente: «Dos hombres fueron decapitados y sus cabezas pateadas calle abajo como si fueran balones de fútbol. El cuerpo de otro hombre fue colgado y descuartizado». Es más, en su reportaje del día siguiente Schemo decide escribir de nuevo sobre las cabezas utilizadas como balones de fútbol: Desafortunadamente, lo que esto significa es que los medios tienden a hacer invisible todo aquello que no hace ruido; por lo general, sin embargo, una sociedad civil que intenta construir la paz y trabaja por la resolución pacífica de los conflictos funciona sin mucho ruido.

CÓDIGOS NARRATIVOS

■ *Oposiciones binarias*

El género narrativo de la noticia sobre el conflicto internacional no cambia, lo cual hace que una crisis se parezca a otra, y ésta se parezca a la siguiente. No es que las crisis sean iguales, sino que el género narrativo es el mismo. Según Moeller, el formato más común obedece a la siguiente fórmula: evidencia de una posible crisis, la crisis explota y los «buenos» rápidamente intervienen para salvar a las víctimas impotentes. Moeller cita a Malcolm Brown, corresponsal internacional de AP, ABC y del NYT, quien dice: «Aquí en América nos gusta pensar las cosas en términos de buenos y malos. Si una de las facciones en conflicto es alguien con quien la mayoría de la gente se puede identificar, vas a tener una situación en

⁹ En inglés en el original. Todas las traducciones son de la autora.

la que puedes engancharte con ese sentimiento». Dado que la narrativa se construye con base en una oposición binaria, generalmente aparece entonces un sujeto social que juega el papel de víctima vulnerable. Automáticamente la narrativa tiene entonces que identificar un mesías que socorre a las víctimas, y es este mesías el que se pone en el centro de la historia. Esto es muy claro en el caso del cubrimiento de las hambrunas en Africa: el cubrimiento noticioso internacional termina siendo sobre «los héroes» de la Cruz Roja o de Médicos Sin Fronteras, en vez de enfocarse en las comunidades y los líderes locales.

En el caso de la Guerra del Golfo, por ejemplo, los periodistas estadounidenses dieron por hecho el referirse a «nosotros» cada vez que se referían a Estados Unidos como sujeto involucrado en el conflicto. No hubo ningún tipo de distancia crítica, ni la tan nombrada objetividad del periodista. Igualmente clara fue la satanización de Sadam Hussein¹⁰ y la glorificación de los soldados estadounidenses. Sadam Hussein, así como otros «enemigos» de Estados Unidos, tales como Fidel Castro, Muhammar Qaddafi y Manuel Antonio Noriega, son contruidos en la narrativa de los medios en términos de monstruos: hombres-demonio medio salvajes, que matan/hieren/destruyen niños; pervertidos sexuales, psicológicamente deformes, adictos a las drogas o a cultos e idólatras. Para los medios, Saddam Hussein se convirtió en «*the butcher from Bagdad*» (el carnicero de Bagdad) o «*the thief from Bagdad*» (el ladrón de Bagdad). Los medios rápidamente olvidaron que la CIA había entrenado y armado a Hussein unos años antes; asimismo, a nadie se le ocurrió describir a Hussein como monstruo cuando estaba usando armas biológicas en contra de otros enemigos de Estados Unidos como Irán o los kurdos. En el caso del Ejército Republicano Irlandés (IRA por sus iniciales en inglés) ha ocurrido un fenómeno semejante: un conflicto político de muchas facciones divergentes¹¹ y que tiene que ver con la colonización británica de Irlanda se ha convertido en un conflicto religioso entre católicos y protestantes. Una vez que los medios

10 No es accidental que el presidente George Bush decidiera referirse a Hussein por su nombre, Sadam, muy cercano a Satán en inglés. Así mismo fueron frecuentes los paralelos entre las personalidades de Hussein y de Hitler.

11 Para mencionar algunos de los sujetos involucrados en el conflicto irlandés: Social Democratic and Labor Party, Fianna Fail Party, Fine Gael Party, Irish Labor Party, los Unionistas.

han establecido el marco de referencia binario, éste se usa para explicar toda expresión de agresión; así, en Irlanda del Norte incluso las muertes a manos del ejército británico se explican como resultado de la violencia sectaria entre católicos y protestantes. En Somalia, donde la combinación entre una sociedad local que funciona en torno al clan y los poderes coloniales europeos ha resultado en conflictos de muchos actores y facciones, los medios simplificaron tal complejidad convirtiendo a uno de los protagonistas en villano, como fue el caso de Mohammed Aidee.

Otro elemento que reforzó la narrativa binaria durante la Guerra del Golfo fue la descripción de Kuwait en términos de víctima de violación por parte de Hussein. Es decir, aquí Estados Unidos se convirtió en el valiente que rescata a la criatura femenina amenazada por el violador de color. En el centro de esta narrativa está el hombre anglosajón blanco que justifica todo tipo de intervenciones coloniales y neocoloniales con el argumento de que una víctima femenina vulnerable (blanca o meztiza) necesita su ayuda. Una narrativa parecida se aplicó al conflicto irlandés, donde dos sectas religiosas radicales y medio primitivas se mantienen «a raya» y bajo control gracias al arbitraje racional del gobierno británico.

Los expertos militares en el manejo de la información también cumplen un papel importante en la construcción de narrativas binarias. Un público persuadido de que la guerra es la expresión de un conflicto entre las fuerzas del bien en contra de las fuerzas del mal o de lo civilizado contra lo salvaje, es un público que apoya la solución militar, pues la narrativa misma está excluyendo cualquier otra solución. Con las fuerzas del mal no se negocia, no se emprenden diálogos diplomáticos, únicamente se las trata de exterminar.

En casos como el de los Balcanes, donde la complejidad del conflicto es demasiado explícita y la simplificación se hace casi imposible, Peter Jennings recurre a las imágenes: «La situación es tan compleja que mejor los dejo con doce meses de imágenes»; esto sin ningún tipo de contextualización o análisis. Asimismo, en el caso de la guerra en Bosnia Herzegovina, los medios internacionales marginaron totalmente a aquellos que no encajaban claramente con el marco explicativo establecido en términos binarios. Los grupos y líderes de la comunidad que se oponían al nacionalismo, así como los partidos multiétnicos, fueron relegados por los medios; nunca se les entrevistó ni se les pre-

guntó su versión del conflicto ni sobre sus propuestas para solucionarlo

En el caso de Colombia, en el NYT la oposición binaria más común es derechista/izquierdista (*right-wing/left-wing*). El uso repetitivo de tal oposición le permite al/a reportero/a no adentrarse en las complejidades del conflicto colombiano. Por ejemplo, no se distingue entre diferentes organizaciones guerrilleras o entre distintos grupos paramilitares; simplemente se refiere a éstos como «izquierdistas» o «derechistas». Esto implica que para el/la lector/a no familiarizado con la situación colombiana la información se hace muy confusa, ya que de un momento a otro sujetos identificados como «izquierdistas» quedan asociados con sujetos que tradicionalmente han sido «derechistas», como es el caso en el término «narcoguerrilla». Por otro lado, asociaciones que dentro del marco derecha/izquierda no tienen ningún sentido, como por ejemplo el hecho de que las multinacionales petroleras mantienen transacciones económicas con las organizaciones guerrilleras (como también lo hacen las organizaciones de tráfico de drogas), quedan excluidas del marco explicativo y, consecuentemente, del cubrimiento informativo.

■ *Obsesión por la acción*

Dado que la información noticiosa se maneja como una mercancía que ha de entretener al consumidor, se aplican los mismos formatos narrativos válidos para los programas de entretenimiento. Como lo planteó Vladimir Propp hace años, la cultura occidental sólo entiende la posibilidad de una narrativa cautivante donde hay conflicto. Cuando este mismo principio se aplica a la información sobre crisis internacionales, el resultado es que se cubre exclusivamente lo que tiene que ver con aquél. Cuando el conflicto desaparece, también desaparece la narrativa, en este caso la información. En el ejemplo de Etiopía, cuando la amenaza de una nueva hambruna pudo ser controlada, es decir, cuando se pudo prevenir la crisis, los medios decidieron que allí no había historia. Así, las imágenes de etíopes construyendo futuro y con la situación bajo control nunca nos llegaron. Las únicas imágenes que nos quedaron de esta comunidad son aquellas de masas famélicas anónimas en urgente necesidad de ser salvadas por un extranjero. El resultado es que las audiencias estadounidenses tienen la percepción de que los pueblos de

Africa y Latinoamérica son incapaces de resolver sus propios problemas y que viven de crisis en crisis.

El cubrimiento del conflicto internacional se maneja desde la perspectiva de cómo éste entra en competencia con otro conflicto ante las audiencias. Como la meta última es ganar audiencias, entre peor sea el conflicto tanto mejor. Los/las reporteros/as desembarcan en el sitio del suceso buscando desesperadamente las peores imágenes de muerte y horror. Steven Livingston dice que el cubrimiento en Somalia fue tan extenso precisamente por «el gran número de gente dispuesta a morir frente a la cámara». Entre octubre de 1993 y marzo de 1994 aproximadamente 300.000 hutus y tutsis murieron violentamente en Burundi, y a pesar de la gravedad, el conflicto tuvo muy poco cubrimiento. Según el NYT, esto se debió a que los medios enfocaron toda la energía en el problema de Somalia, que estaba ocurriendo al mismo tiempo. La explicación de *Newsweek* es que las imágenes que Somalia ofrecía eran «mejores» que de Burundi (Moeller, 1999). Este tipo de negligencia es tremendamente importante, porque el conflicto entre hutus y tutsis en Burundi en el 93/94 claramente fue un antecedente del genocidio de tutsis a manos de los hutus en abril de 1994.

Sören Sommelius escribe sobre un incidente en Sarajevo donde un equipo de corresponsales de uno de los grandes medios de Occidente le pagaba a un niño para que corriera en las esquinas más peligrosas de la ciudad, con el fin de obtener «buenas» imágenes de los francotiradores. El niño murió esa noche, las imágenes circularon por el mundo entero, y los periodistas nunca más fueron vistos en Sarajevo.

■ *Imágenes lingüísticas*

La Guerra del Golfo fue ejemplo magnífico de cómo a través de ciertos usos del lenguaje se pueden «sanear» los horrores de la guerra. Gracias a los expertos militares encargados de «guiar» a los corresponsales internacionales, esta guerra se presentó al mundo en términos de una «*surgical war*» (guerra quirúrgica) que mató a 250.000 personas. En vez de hablar de víctimas entre la población civil, se hablaba de «*collateral damage*» (daños colaterales); los proyectiles se convirtieron en «*smart bombs*» (bombas inteligentes); el bombardeo de centros urbanos se convirtió en «*denying the enemy an infrastructure*» (dejar al enemigo sin infraestruc-

tura); en vez de hablar de gente, se hablaba de «*soft targets*» (blancos blandos), y en vez de hablar de saturar con bombas, se hablaba de «*laying down a carpet*» (alfombrar). CNN se especializó en presentar imágenes de pilotos estadounidenses describiendo en cámara sus misiones en términos tales como: «¡Bagdad se veía todo iluminado, como un árbol de Navidad! ¡Fue sensacional!». Los reporteros de CNN en Bagdad describían las bombas en términos de «*fireflies*» (luciérnagas), «*sparklers*» (luces de Bengala) y «*fireworks*» (fuegos artificiales).

■ *La «biologización» del conflicto*

Si durante la Guerra Fría los conflictos se explicaban en términos de pro-soviético versus pro-Estados Unidos, una vez concluida surge la explicación de los conflictos internacionales en términos de «conflicto étnico» o «limpieza étnica». Implícitamente se está proponiendo que la causa de la crisis es «natural», y por lo tanto ahistórica e inevitable. El conflicto explicado en términos biológicos está diciendo implícitamente que matarse los unos a los otros es una característica innata de las comunidades involucradas. Además, los grandes medios tienden a borrar la evolución histórica de los conflictos; es decir, si en el siglo XIII existía un conflicto entre la población musulmana y los serbios en los Balcanes, el conflicto del siglo XX se cubre como si fuera la continuación del mismo conflicto de hace siete siglos. Las diferencias históricas entre los dos conflictos se borran, y los períodos de paz entre el siglo XIII y el siglo XX se explican como resultado de la imposición de grandes poderes, tales como el comunismo o el poder colonial, cuando en realidad muchos de los conflictos llamados «étnicos» de hoy día se explican precisamente por el tipo de intervención de las grandes potencias. De otra parte, la categorización del conflicto en esta región como «étnico» elimina otro tipo de explicaciones como la de un enfrentamiento entre élites nacionalistas serbias y croatas.

Por ejemplo, en el caso de Ruanda hay expertos que afirman que más que un conflicto étnico, lo que se dio entre tutsis y hutus fue un enfrentamiento entre dos grupos con quienes primero Alemania y luego Bélgica mantuvieron unas relaciones excepcionalmente jerarquizadas durante la era colonial. Por ejemplo, el gobierno belga asignó cédulas de identidad que identificaban a la persona como tutsi o hutu. Por

otro lado, hay expertos en esta región que arguyen que el genocidio de tutsis a manos de hutus hubiera podido ser evitado si las causas sociopolíticas se hubieran hecho claras desde un principio, y si se hubiera puesto fin a las acciones de la facción radical Hutu. Desde un comienzo, los medios cubrieron el enfrentamiento entre hutus y tutsis como un conflicto étnico. En realidad, la primera ola de víctimas fueron líderes hutus que no compartían las opiniones radicales del grupo Hutu en el poder. Estos fueron claramente asesinatos políticos, de hutus a manos de hutus, pero automáticamente la narrativa de los medios masivos los convirtió en asesinatos étnicos que se explican como antiquísimos conflictos tribales. Desde las imágenes míticas que rodean a África –imágenes de tribus salvajes, de clanes ingobernables–, la explicación del conflicto en términos de pro-gobierno o anti-gobierno no parece lo suficientemente exótica, por lo que se privilegia la explicación en términos étnicos. Como consecuencia de la «biologización» del conflicto en Ruanda, las audiencias en los países occidentales desarrollan una versión de África como un mundo donde la gente no sabe cómo gobernarse sin masacrarse en el intento, e incluso se empieza a cuestionar si la descolonización de África no fue una pésima idea.

El discurso sobre raza y etnicidad que utilizan los medios está fundado en una visión esencialista de la identidad. Es decir, donde lo biológico y lo genético determinan la identidad, la cultura e incluso la personalidad. Así, ciertas comunidades se construyen en los medios como «violentas por naturaleza». Por otro lado, según este mismo discurso, hay comunidades «étnicas» y otras que no lo son. El término «étnico» se asocia con los afroamericanos, o latinos dentro de Estados Unidos, y con Latinoamérica y África, pero nunca con los anglosajones; los primeros son étnicos; los segundos no. El resultado es que cuando la gran mayoría de los conflictos en el mundo contemporáneo se narran como conflictos étnicos, se empieza a cultivar la idea de que «los étnicos», es decir, las gentes de color, los no protestantes, son violentos por naturaleza. Este tipo de discurso organiza al mundo en dos: los «étnicos», violentos, y los «no étnicos», civilizados y racionales.

En última instancia, la función de términos étnicos tales como «*ethnic cleansing*» (limpieza étnica) es facilitarle la vida al/a corresponsal internacional. En vez de tener que investigar las causas históricas del conflicto, se usa el término «étnico» para explicarlo todo. Según Banks

y Wolfe Murray, la revista *Time* utilizó «*ethnic cleansing*» para referirse a un proceso, una campaña, un tipo de práctica, un tipo de incidente, ciertos sujetos y políticas estatales.

Desde esta perspectiva, un periodismo responsable tendría que ser un periodismo inmerso en las causas históricas, económicas y políticas de cada conflicto en cada momento. Pero tal tipo de periodismo es una especie en vías de extinción, ya que requiere de tiempo y recursos, dos elementos ajenos a la ideología de las transnacionales de comunicación, obsesionadas con la inmediatez, la productividad y con el lucro.

MATRIZ CULTURAL

Como dice Jesús Martín Barbero, más que concentrar nuestra curiosidad académica en los medios, debemos examinar las mediaciones que determinan en qué consisten los medios en cada cultura. En este caso, es claro que la matriz cultural que sirve de fundamento para la información internacional de los grandes medios del mundo es la cultura angloamericana. Según Johan Galtung, se trata de una cultura judeo-cristiana que es centralista en su imagen del espacio, dramática y catártica, apocalíptica en su sentido del tiempo, tremendamente individualista y competitiva, monoteísta, puritana, tacaña y ambiciosa; una cultura incapaz de llevar a cabo una autorreflexión, y que produce unos medios también incapaces de hacer lo mismo. En resumen, es una cultura fundada en oposiciones binarias (nosotros-ellos; victoria-derrota), donde no hay lugar para los tonos grises, por lo cual se borra lo negativo del «nosotros» y se exalta lo negativo de «los otros».

Para Galtung, nuestro trabajo debería centrarse en la transformación de la cultura, no de los medios. No estoy completamente de acuerdo. Creo que las condiciones materiales de producción de la información (un sistema exclusivamente comercial, sin regulación alguna) exaltan lo peor de esta cultura. Sin embargo, sí creo en la validez de mirar la cultura para comprender mejor cómo se está realizando el cubrimiento internacional.

Un elemento cultural que determina tal cubrimiento es la obsesión angloamericana por la eficiencia. Cualquier problema se percibe como un reto que debe ser resuelto en un santiamén. Así, las crisis sociopolíticas de alta complejidad, donde hay muchas versiones

encontradas de la realidad, son percibidas tanto por profesionales de los medios como por sus audiencias con impaciencia. Una guerra que dura años y años, donde no hay buenos ni malos que puedan ser percibidos con claridad, ni mucho menos soluciones claras, se interpreta como si el problema fuera del grupo humano involucrado y no de la complejidad de la crisis. Es decir, se acude a los estereotipos sobre comunidades africanas o latinoamericanas, y con racismos sutiles se arguye que tales comunidades aún habitan en algún lugar por fuera de la civilización occidental, y por esta razón no pueden encontrar una pronta solución a la crisis. La crisis –según se explica– se produce porque esa gente todavía es medio salvaje: no ha aprendido a mantener un contrato social «civilizado» ni a ser democrática.

Otra característica de la cultura angloamericana que tiñe la forma como se maneja la información es el individualismo. La información se selecciona y se produce con el objetivo de hablarle a un sujeto social como individuo absolutamente autónomo y separado de los otros. Los problemas y las crisis tienden entonces a ser individualizados y privatizados; al definir la importancia de un tema, el criterio fundamental es cómo afecta esto al sujeto como individuo y no como miembro de una colectividad .

En el caso del Tercer Mundo, la forma como se produce la información tiene mucho que ver con la mitología occidental sobre estos continentes: Africa aparece como «el continente negro» («*the dark continent*»), con la obsesión occidental por lo exótico y lo apocalíptico, tierra de guerras tribales o entre clanes semiprimitivos, tierra de hambrunas bíblicas, de masacres salvajes y epidemias devastadoras. Entre más describe Occidente a Africa en estos términos, más se autodefine como lo opuesto, la tierra de lo civilizado, de la democracia y del orden. La misma obsesión por la acción y el conflicto explican que haya tanto cubrimiento de la guerra pero tan poco de la paz. Se piensa que una comunidad tercermundista que trata de construir paz no tiene potencial para producir buenas historias, ya que se sale del universo de lo exótico y lo diferente.

En el caso de Colombia, también funcionan imágenes lingüísticas y estrategias narrativas que «primitivizan» a nuestro país y lo convierten en un lugar incomprensible, sangriento, donde reina la violencia y nada más que la violencia sin ningún sentido, sin ninguna coherencia.

Con base en el cubrimiento del NYT durante 1998, Colombia es «un país donde los asesinatos políticos son un compañero inevitable de las elecciones»; «un país donde la guerra se ha convertido en un estilo de vida»; «un país de odios íntimos, cuyos fantasmas vuelan a través de generaciones así como a través de fronteras»; «uno de los países más riesgosos del mundo para hacer negocios»; «un país controlado por sujetos tenebrosos»; «un país donde la violencia descarnada siempre ha residido detrás de cualquier poder serio»; «un país a punto de un colapso total hacia una sociedad controlada por bandas de asesinos mercenarios», «un país tambaleante en términos financieros, políticos y sociales»; «un país tambaleante por causa de décadas de guerra». El problema de la coca se convierte en «una maldición», «una plaga», mientras que el cultivo de coca aparece como «una apuesta con el diablo». La economía «está a punto del colapso total». Y las guerrillas son «grupos tenebrosos de hombres y mujeres con máscaras y nombres falsos». El resultado es una Colombia que aparece ante los ojos del/a lector/a como un sitio muy lejano, exótico, tenebroso, completamente irracional, incoherente, sangriento, incapaz de autogobernarse, donde sólo habitan las fuerzas del mal y la barbarie. Ciertamente se puede argumentar que todo lo anterior es verdad, pero es sólo una verdad parcial sobre Colombia. El problema es que como los medios sólo presentan esta verdad parcial y dejan por fuera lo que no hace parte de ella, las audiencias la reciben como verdad absoluta y completa.

CONCLUSIÓN

Es innegable que los medios, y la calidad de la información sobre las crisis internacionales, son cruciales para poder construir un mundo un poco más amable. Sin embargo, el tema de la comunicación, de la información y de los medios sigue siendo banalizado y mal entendido. Ni los gobiernos, ni siquiera las Naciones Unidas dedican mucho presupuesto a fiscalizar la calidad de la información internacional.¹² Cuando

¹² Sin embargo, ya empiezan a surgir investigadores académicos que exploran el comportamiento de los medios y el papel que tienen en provocar o empeorar la guerra. Un ejemplo es la Radio Milles Collines en Ruanda, que durante meses se dedicó a agudizar los conflictos entre tutsis y hutus. Ver el trabajo al respecto de Frank Chalk.

se piensa en cómo prevenir o solucionar una crisis, rara vez entra a hacer parte de la ecuación la calidad de la información y el cubrimiento de los medios.¹³ Pero es fundamental que cambiemos esta concepción. En un mundo tan complejo, las únicas fuentes de información con que contamos son los medios de comunicación. Y la calidad de la información que éstos nos ofrecen va a determinar nuestra visión del mundo, de los problemas y de las soluciones. Con base en información irresponsable sólo podremos construir visiones del mundo irresponsables, interpretaciones irresponsables de los problemas y formulaciones irresponsables de las soluciones.

Uno de los elementos cruciales del cubrimiento de los conflictos está íntimamente ligado con la relación entre el Norte y el Sur. A raíz de la infraestructura global de los medios masivos, lo que presenciamos hoy en día es al/a reportero/a del Norte, generalmente un hombre anglosajón, narrando al Sur, construyendo en sus propios términos tanto a las gentes como el conflicto que allá ocurre. Dos corolarios se desprenden de esta relación. El primero es que en el centro de la historia sigue estando el hombre anglosajón, es decir que la historia es más sobre el reportero que sobre las comunidades del Sur. Para que la experiencia histórica del Sur realmente aparezca en los medios, este hombre anglosajón tendría que marginarse voluntariamente, hacerse a un lado, salir del centro de la historia para darle la palabra al otro/a, al pobre, al mestizo, al musulmán, al no occidental. Y una de las pocas vías para lograr esto la ofrece la teoría feminista que, desde el centro del Norte, está clamando por la necesidad de abrir espacios para que los otros y las otras puedan articular su vivencia.

El segundo corolario es que cuando el Norte narra al Sur, cuando este hombre anglosajón construye al Sur, lo hace desde lo que Derrida llamaría *différance*: es decir, el Sur se convierte en todo lo que el Norte no es. Si el Norte es civilizado, el Sur es salvaje; si el Norte es racional, el Sur es irracional; si el Norte sabe cómo gobernarse, el Sur necesita ser gobernado.

Pienso que una información noticiosa responsable, cuando se trata de conflictos internacionales, debería fundamentarse en una econo-

¹³ Una excepción es el caso de Estados Unidos, que lanzó cientos de aparatos de radio desde el aire sobre el territorio de Haití con la intención de mantener informada a la población.

mía política del conflicto en cuestión. Es decir, en vez de «biologizar» el conflicto o de «colonizar» el conflicto en términos de Norte/Sur, o de «sacralizar» el conflicto, el/la reportero/a debería centrarse en las causas materiales del conflicto, las competencias por los recursos naturales, la desigualdad en la distribución de recursos, o la marginación de unos grupos del acceso a cierto(s) recurso(s). Sólo entonces, con base en una sólida visión del conflicto desde la economía política y desde la historia, pueden mantenerse a raya las interpretaciones culturalistas facilistas.